

Joseph Pérez, *Humanismo en el Renacimiento español*, Madrid, Gadir, 2013, 193 pp., ISBN: 978-84-940667-3-3.

MANUEL CABELLO PINO

La reciente concesión del Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2014 al prestigioso historiador e hispanista francés Joseph Pérez (Laroque-d'Olmes, Ariège, Francia, 14 de enero de 1931) es, sin lugar a dudas, el justo reconocimiento a una trayectoria académica impecable de casi cincuenta años que se inició en 1970 con una tesis sobre *“La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)”* y que ha dado como fruto más de veinte libros y numerosísimos artículos de investigación publicados en prestigiosas revistas. En este sentido su último libro, *Humanismo en el Renacimiento español* (2013), parece una especie de breve compendio de los temas que más le han interesado siempre, ya que como él mismo nos advierte ya en la introducción, el gran hispanista francés ha reunido en este volumen una serie de textos breves que fue redactando a lo largo de su vida para clases universitarias, conferencias, encuentros académicos, sumado a alguno más preparado expresamente para este volumen, con un nexo común a todos ellos: abarcar las distintas facetas del humanismo español.

Así, en el primer capítulo, “Las relaciones entre España e Italia en el Renacimiento”, uno de los más extensos y rigurosos, Pérez hace balance de las tres etapas principales de la intensa vinculación de cinco siglos (s. XIII – XVIII) entre ambos países: el periodo de expansión aragonesa por el Mediterráneo, la época de los Reyes católicos y la España de los Austrias mayores. Durante la primera etapa, según el prestigioso hispanista francés, la presencia de Aragón en Italia “crea un movimiento cultural al que se deben las primeras manifestaciones del humanismo y del Renacimiento en la península ibérica” (pp. 20-21). En la segunda etapa es Castilla quien se impone en todos los ámbitos y, de esta época Pérez destaca el auge que cobran los intercambios culturales que ya se producían gracias al impulso de las familias nobles como los Mendoza, que toman la costumbre de contratar a humanistas italianos para servir de preceptores y de maestros. Por último, del reinado de los Austrias, Pérez destaca que estos prolongan y completan la influencia española en Italia a nivel político, con el punto culminante del saco de Roma, que según él da inicio a la leyenda negra antihispánica antes de la colonización americana.

En el segundo capítulo, “Toledo, un centro del Renacimiento español”, tras

una interesante y necesaria exposición previa de sus teorías personales sobre lo que él entiende por humanismo y por Renacimiento, pasa a profundizar en la pregunta que él mismo se formula “¿Qué representa la ciudad de Toledo en esta época renacentista que corre desde mediados del siglo XV hasta finales del XVI?”. Según Pérez, ése “es posiblemente el periodo de su mayor esplendor” (p. 40) debido a tres factores sobre los que a continuación pasará a disertar por extenso: su pujanza económica, su condición de capital religiosa de España y su papel en la vida cultural de España. La detallada descripción que hace del segundo de los factores, la vida religiosa, y sobre todo de los distintos arzobispos que tendrá la ciudad a lo largo de ese periodo es, no sólo el punto culminante de este capítulo, sino también uno de los pasajes más interesantes de todo el libro.

En “Las universidades del Renacimiento en España” Pérez se plantea principalmente dos cuestiones: “¿Qué alcance tuvo el Renacimiento en la evolución de las universidades? ¿Puede hablarse entonces de una comunidad superior a las distintas naciones que sería Europa?” (p. 66). La disertación que hace el historiador francés sobre la evolución histórica de las universidades europeas desde su nacimiento en la Edad Media a su consolidación definitiva en el Renacimiento es de una erudición deslumbrante y acaba arrojando conclusiones ciertamente asombrosas. Así Pérez habla de la paradoja que supone que un movimiento esencialmente cosmopolita como el humanismo contribuyera a favorecer los nacionalismos, entre otras cuestiones por su vigorosa defensa de las lenguas vernáculas, para concluir afirmando que “la época del Renacimiento, del humanismo y de la Reforma es, pues, fatal para el universalismo y el cosmopolitismo que significaron la Cristiandad y las universidades que nacieron con ella” (p. 82).

El siguiente capítulo, “El judaísmo español. De *La Celestina* a Spinoza”, supone un profundo y concienzudo análisis de cómo se fue deteriorando la situación de los judíos en la España del Renacimiento desde las matanzas de 1391, pasando por la decadencia de las grandes juderías urbanas del sur o los intentos posteriores de reconstitución de la comunidad hebrea de Castilla, tras rebajarse la tensión contra ellos a partir del papado de Martín V. Pero sobre todo este capítulo profundiza en cuestiones tan interesantes como el desplazamiento del foco de atención en el siglo XV de los judíos a los conversos y el problema político, social y religioso que constituyen o la duda de si al separarse de las comunidades judía y musulmana, que durante siglos habían contribuido a su formación cultural, España no renunció a una parte de sí misma para identificarse exclusivamente con el catolicismo.

En “Las armas y la letras” Pérez explica de manera magistral el complejo alcance sociológico que tiene la oposición entre estos dos tipos de dedicación en la época, que “significa la rivalidad entre capas sociales distintas para hacerse cargo de los puestos clave del Estado” (p. 109). En el Renacimiento se produce lo que Pelorson ha denominado un proceso de doble aristocratización consistente en

que los letrados ascienden a caballeros y muchos caballeros se hacen letrados, renunciando completamente a la función guerrera. Pérez llega a la conclusión de que tal vez “haya que ver en esta situación una de las causas más profundas del desbarajuste que caracteriza el último periodo de la dinastía de los Austrias, desbarajuste acentuado por una inflación nobiliaria creciente” (p. 118).

En las quince páginas que componen “Semblanza de Fray Luis de León” el hispanista francés nos pinta con palabras el retrato de un personaje con el que parece identificarse personalmente y del que destaca que “como casi todos los humanistas, fue esencialmente un filólogo” (p. 128), que trató temas como la modernidad, la guerra y la paz, el fanatismo o el sentido de la cultura. Según Pérez, “para cada uno de ellos, Fray Luis propone reflexiones y comentarios muy propios para le época actual, aunque las respuestas puedan ser hoy otras, desde perspectivas ideológicas muy distintas.” (p. 132).

Si el capítulo anterior es una semblanza de Fray Luis de León, las breves páginas que componen el apartado “Luis Vives: un intelectual del mundo moderno” suponen un sentido homenaje hacia quien Pérez considera, no sólo uno de los primeros humanistas, sino, sobre todo, uno de los primeros intelectuales del mundo moderno, al haberse dedicado al estudio no por obligación profesional, sino por vocación. Del mismo modo Pérez sugiere que Vives es también una figura con la que mucha gente en el mundo actual de la investigación se puede identificar perfectamente, al haber sido un precursor del fenómeno fuga de cerebros que en los últimos tiempos se ha vuelto tan común en España, si bien en el caso de Vives ese exilio se debió, como explica Pérez, a los rigores de la Inquisición, al ser su familia de origen judío.

En “Sobre el concepto de tolerancia en la España de Cervantes” Joseph Pérez parte de la ambigua actitud de Cervantes sobre los moriscos que se desprende de la lectura de sus obras para analizar la postura que se tenía en la España de la época en relación con las religiones distintas del catolicismo. En ese momento se va a dar cada vez más lo que Pérez denomina la “tentación teocrática”, esto es, “la tendencia a confundir los papeles del Estado y de la Iglesia y transformar el Estado en instrumento de la expansión de la fe” (p. 154). En las páginas posteriores Pérez analiza diversas posturas como el escolasticismo tomista, el tacitismo, el maquiavelismo o el providencialismo, para centrarse sobre todo en el papel desempeñado por el humanista flamenco Justo Lipsio (1547-1606). La conclusión a la que llega Pérez es que la perspectiva de la España de Cervantes es la misma que la de toda la Europa cristiana: “por una parte, se considera que la lealtad de fe es una garantía para la lealtad de los súbditos; por otra parte, es difícil negar que moriscos y conversos forman parte de la misma nación que los cristianos” (pp. 168-169).

Íntimamente ligado a estas cuestiones está el último apartado del libro, “El *Viaje de Turquía*: un humanista español adelantado a su tiempo” en el que el insigne hispanista francés parte de la pregunta “¿Cuál ha sido la aportación del

humanismo español a uno de los debates permanentes en las sociedades occidentales: civilización y barbarie?” para analizar el que él considera uno de los textos más enigmáticos de la literatura humanística. Pérez cree que el verdadero interés de esta obra está en determinar cuál era el propósito del autor al escribirla, y en ese sentido para él “el *Viaje de Turquía* recoge las aportaciones más importantes del humanismo cristiano en lo que se refiere a la exigencia de tomarse en serio las enseñanzas evangélicas y de practicar de manera auténtica la religión de Cristo” (p. 186). Finalmente, Pérez llega a la conclusión de que con esta obra el humanismo español se anticipó a los grandes pensadores posteriores como iniciador de la idea moderna de civilización europea opuesta a la barbarie.

En definitiva, si para Joseph Pérez la preocupación dominante del humanismo consiste en “Decir cosas fundamentales y decirlas de tal forma que todos las puedan entender, en una lengua clara, bella y elegante” (p. 9), no cabe la menor duda de que este libro no solo trata sobre el humanismo, sino que está escrito por un humanista, y es en sí mismo un libro humanista, ya que dice cosas interesantísimas dirigidas por igual al experto y al lego en la materia, y las dice de tal forma que tanto uno como el otro pueden comprender fácilmente.